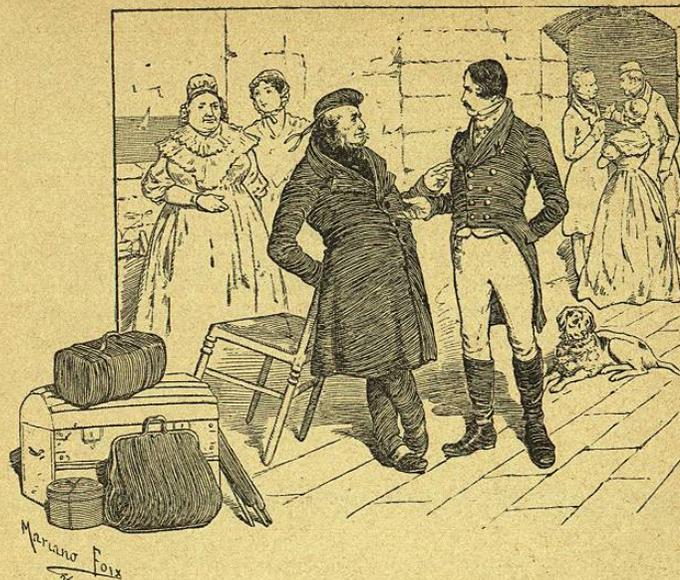
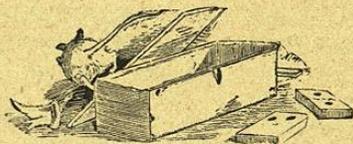


al sitio que antes ocupaba, bajóse de nuevo, y apenas dejó de moverse un instante hasta que los ruidos de fuera se extinguieron con la distancia.

Completamente dueño de ocupar el sitio que se le antojara en el recinto limitado por aquellas cuatro paredes, Juan Bautista fué á tenderse en el banco. Por su resignación en el encierro, por su buen humor, por su conformidad con un mísero alimento y la viveza de su carácter, no podía negarse que era un verdadero hijo del país en que había nacido.



CAPITULO II

Compañeros de viaje

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Núm. 1625 MONTERREY, MEXICO

- ¿Hoy no habrá tantos gritos como ayer, eh?
—No he oído ninguno.
—Entonces, bien puede usted asegurar que no tendremos escándalo, pues cuando esa gente grita hasta los sordos la oyen.
—Supongo que en todas partes sucede lo mismo.
—¡Ah! sí, pero debe advertirse que esa gente grita por costumbre, y que no parece estar satisfecha cuando no lo hace.
—¿Se refiere usted al pueblo de Marsella?
—Me refiero al pueblo de Francia; en cuanto á Marsella, hartos sabemos lo que es; de aquí partió el himno más revolucionario que se ha conocido en el mundo; este pueblo no podría existir sin cantar ó gritar, lo mismo en la victoria que en la hora de la muerte, en el incendio ó en cualquiera cosa.

El que así hablaba, con cierto aire de amor propio satisfecho, introdujose las manos en los bolsillos, haciendo sonar el dinero que contenían; y como si dirigiese la palabra á toda una ciudad, añadió:

—Mejor sería, en mi concepto, que dejarais á los demás despachar tranquilamente sus negocios en vez de encerrarlos en un fuerte para hacer cuarentena.

—Bastante fastidioso es—dijo su interlocutor,—pero ya saldremos hoy.

—¡Hoy!—repitió el otro,—esto me parece aun más grave; y ahora pregunto ¿por qué nos tienen aquí?

—A decir verdad, no hay gran motivo para ello; pero como venimos del Oriente, y como el Oriente es patria de la peste...

—¡La peste!—repitió el otro,—eso es lo que más me aburre. No puedo sufrir ni la sospecha de que estoy contagiado; vine aquí tan bueno y tan sano como el que más; pero eso de que se crea que la plaga me ha invadido basta para que sea víctima de ella; me parece que estoy atacado.

—Pues según las señas, lo sobrelleva usted muy bien, señor Meagles—dijo el segundo interlocutor sonriendo.

—No; si supiera usted la verdad del caso, seguramente no me haría usted semejante observación. Me he paseado una noche y otra, repitiendo de continuo: *ahora* tengo la epidemia; *ahora* comienza á desarrollarse; *ahora* no hay ya remedio para mí. ¡Vamos! le digo á usted que esto es insostenible.

—Muy bien, señor Meagles—dijo una voz femenina, que se oyó cerca de los que hablaban,—ahora se concluyó, y no se ha de hablar más de ello.

—¡Concluído!—repitió el señor Meagles.—¿Y por qué no he de hablar más de ello, aunque efectivamente se haya acabado esto?

La voz femenina que se había oído era la de la señora Meagles, que parecía tan robusta y sana como su esposo, á juzgar por su semblante de verdadero tipo inglés y bastante fresco, á pesar de la edad de la dama.

—¡Vamos!—dijo la señora,—deja tus recriminaciones para otra ocasión y consuélate con nuestra Favorita.

—¿Con Favorita?—repitió el viajero con el mismo acento de enojo.

—Sí, padre—contestó una voz argentina.

Meagles volvió la cabeza y vió tras sí á su hija que le tocó ligeramente en el hombro, haciéndole olvidar con esto la ciudad y la epidemia.

Favorita era una hermosa joven de veinte años, cuyas cualidades físicas llamaban desde luego la atención: tenía un magnífico cabello rubio, muy espeso, rizado naturalmente, y ojos grandes, de dulce mirada, con una expresión de candor y de

franqueza que comunicaba el mayor atractivo á su fisonomía.

—Ahora pregunto yo—dijo el señor Meagles, señalando á su hija,—si se ha cometido nunca mayor disparate que el de someter á cuarentena á una niña como esta.

—Pues gracias á vuestra hija—contestó el otro,—esta cuarentena ha sido más soportable.

—Es verdad, y debo darle á usted gracias por la observación.

Y dirigiéndose á Favorita añadió:

—Hija mía, es preciso que te vayas con tu madre á fin de hacer los preparativos de marcha, porque muy pronto llegará el bote con el oficial de Sanidad para sacarnos de este maldito encierro. Y tú, Tattycoram, cuidado con separarte un solo momento de tu señorita.

Estas palabras se dirigían á una linda joven de cabello y ojos negros, vestida con tanta sencillez como coquetería, y que contestó haciendo una profunda reverencia.

Las tres mujeres cruzaron la terraza donde se hallaban, desapareciendo muy pronto bajo el arco de una puerta; mientras que Meagles y su compañero, hombre de unos cuarenta años, moreno y de aspecto grave, miraba siempre la puerta por donde habían salido las señoras. Después comenzaron á pasear por la terraza, para disfrutar en cuanto fuese posible de la escasa brisa que podía llegar hasta allí á las siete de la mañana.

—Me voy á tomar la libertad de hacerle á usted una pregunta—dijo el hombre moreno rompiendo al fin el silencio.—¿Qué nombre es ese de Tattycoram?

—A fe mía que no tengo la menor idea de lo que significa; pero le daré algunos antecedentes. Cierta día, hace ya cinco ó seis años, mi señora y yo fuimos á visitar con la niña cierto hospicio de Londres, muy semejante al establecimiento de niños expósitos en París.

—Ya lo he visto.

—Muy bien: pues como iba diciendo, fuimos allí con mi hija, pues siendo nosotros gente de mundo, nos hemos propuesto que vea todo cuanto pueda ser de su agrado. La madre (así llamo yo generalmente á mi esposa,) se afectó mucho al ver todos aquellos niños que jamás habían conocido padre ni madre; y para consolarla un poco, díjele al día siguiente: «He pensado hacerte una proposición que me parece será de tu agrado. Si quieres, sacaremos de ese establecimiento una

niña; y como somos gente de mundo, ya sabremos qué hacer para educarla bien, de modo que nos sea útil.» Mi esposa accedió, y de este modo adquirimos á Tattycoram.

—Muy bien; pero ese nombre...

—¡Por vida del... ya se me olvidaba—exclamó Meagles.—La niña se llamaba en el establecimiento Enriqueta Beadle, nombre falso por supuesto; pero nosotros le cambiamos desde luego por el de Tatty, pues como gente de mundo, pareciéndonos que cuanto más caprichoso fuese el nombre y más dulce, más sería del agrado de nuestra hija. Al fin, teniendo en cuenta que el fundador del establecimiento de donde sacamos la expósita se llamaba Coram, agregamos este nombre al que ya tenía la futura doncella de nuestra hija; pero como unas veces se le daba el primero, y otras el segundo, acordamos unirlos, obteniendo así en conjunto el de Tattycoram.

—Yo sé—dijo el interlocutor de Meagles, deteniéndose de pronto después de haber dado otra vuelta, contemplando el mar,—que la hija de usted es única; pero me parece haber oído decir á su señora que habían tenido otras. Ahora bien, no por una impertinente curiosidad, sino para conservar mejor el recuerdo de su agradable compañía, y porque probablemente no volveremos á vernos en este inmenso laberinto que llaman mundo ¿me será permitido preguntarle si he oído bien?

—No, no—contestó Meagles,—no he tenido precisamente otras, pero sí otra.

—Temo haber evocado algún triste recuerdo...

—¡Oh! no importa, caballero—interrumpió Meagles,—esto podrá hacerme pensar un momento, pero no me entristece. Favorita tuvo una hermanita que murió cuando apenas llegaba con la cabeza á la mesa, aún empinándose.

—¡Ah!

—Sí, señor; y como somos gente de mundo, mi esposa y yo tomamos una costumbre que tal vez no comprenderá usted, pero que nos ha consolado mucho. Favorita y su hermanita se parecían tan exactamente, que siempre las asociamos en nuestro pensamiento, considerándolas como una sola individualidad; de modo que en esta niña creemos observar gradualmente los cambios por que hubiera pasado la difunta. Difícil sería convencerme que si yo muriese mañana, no sería recibido en el otro mundo, Dios mediante, por una niña del todo semejante á la que sobrevive. En cuanto á Favorita, como ni yo ni su madre éramos jóvenes cuando nos casamos, ha pasado una vida algo retirada con nosotros. Varias veces nos han

dicho que para conservar su salud debíamos cambiar de clima y de aires tan á menudo como fuese posible, sobre todo á la edad que tiene, proporcionándole distracciones. Por eso viajamos y nos ha visto usted contemplando las Pirámides y el Nilo, las Esfinges y el Desierto, y todo lo demás que hay allí; de modo que Tattycoram acabará por ser más viajera que el capitán Cook.

—Doy á usted mil gracias por su confidencia.

—No vale la pena—repuso Meagles,—me alegro de haberle complacido; pero á mi vez, señor Clennam, ¿me será permitido preguntarle si ha resuelto ya á qué punto dirigirse?

—Todavía no; estoy tan solitario en este mundo, que sin duda me dejaré llevar por cualquiera corriente.

—Me admira mucho, y dispense mi franqueza, que no vaya usted directamente á Londres—dijo Meagles con el tono de un consejero amistoso.

—Tal vez me dirija allí.

—Sí, pero yo quiero decir por su propia voluntad.

—No tengo ninguna—repuso Clennam, ruborizándose ligeramente,—es decir, nada que me incline en un sentido ó en otro. Educado por una mano de hierro que me quebrantó sin ablandarme, obligado á ejercer una profesión que nunca fué de mi gusto, embarcado antes de los veinte años para el Nuevo Mundo, donde permanecí hasta la muerte de mi padre, ocurrida hace un año; siempre girando en un círculo que aborrecía, ¿qué puede esperarse de un hombre que ha llegado así á la mitad de la carrera de su vida? Voluntad, proyectos, esperanzas, todo se había extinguido ya para mí aun antes de que pudiera pronunciar estas palabras.

—Procure usted recobrar nueva vida.

—¡Ah! eso es fácil decirlo, pero no hacerlo. Soy hijo de padres muy insensibles, que pasaban su vida pesando, midiendo y fijando precio á todas las cosas, tanto, que para ellos no había otra existencia. Rígidos hasta la exageración, siempre sacrificaban los gustos y simpatías que no estaban conformes con sus costumbres y modo de pensar. Para ellos todo era austeridad, inexorable disciplina, y penitencia en este mundo por temor al otro. Yo no conocía nada risueño ni que me halagase, ni caricias ni amor; de modo que en todas partes sentía el vacío en mi corazón. Así pasó mi infancia, si tal puedo llamar á este principio de mi vida.

—Duro ha sido, en efecto—repuso el señor Meagles,—mal

principio, pero ¡vamos! ahora puede usted estudiar y aprovecharse de todo lo que ve, como un hombre de experiencia.

—Mi desconocido rumbo es más fácil de seguir de lo que yo esperaba, pero ofrece menos esperanzas de lo que creía—contestó Clennam moviendo la cabeza, con triste sonrisa.—En fin, no hablemos más de mi persona: aquí está el bote.

Una embarcación acababa de atracar, efectivamente, conduciendo á varios individuos del Cuerpo de Sanidad, que al punto comenzaron á subir por la escalera, mientras los viajeros se reunían. Siguióse á esto la presentación de papeles, se llamó por sus nombres á los que estaban allí detenidos, y se procedió á firmar, sellar y revisar, llenando todas las formalidades acostumbradas en estos asuntos. Al fin quedó todo corriente, según reglamento, y dejóse á los viajeros en libertad de ir á dónde les conviniese.

Muy contentos todos por haber recobrado su independencia, sólo pensaron en dirigirse presurosos al muelle; allí les esperaban ya algunos botes, que los condujeron en poco tiempo á un gran hotel, donde gracias á la altura de los techos y á los anchos corredores, no molestaba la intensidad del calor. En una espaciosa sala había una gran mesa con succulentos manjares, frutas del Sur, vinos helados, y todo cuanto pudiera apetecer un verdadero gastrónomo.

A la mesa tomaron asiento unas treinta personas, que hablaban todas á la vez, aunque en diversos grupos. Los esposos Meagles colocaron á su hija entre los dos; enfrente se hallaban el señor Clennam, un caballero francés de elevada estatura y una elegante joven inglesa que viajaba sola, la cual parecía querer aislarse de los demás. Las restantes personas eran las de costumbre: negociantes, viajeros por afición, oficiales del ejército de la India con licencia, agentes de comercio, una familia inglesa, compuesta de un majestuoso papá, la mamá y tres hijas, y por último algunos sacerdotes.

—Aunque he pasado mal rato—dijo Meagles,—perdono de todo corazón á esos negros muros que me han privado temporalmente de libertad; pronto se olvida un lugar de esa especie cuando se ha dejado atrás. Supongo que lo mismo le sucederá al prisionero después de haber quedado libre.

—¿Quiere usted decir—observó la joven inglesa,—que un prisionero olvida su cárcel?

—Eso es lo que yo pensaba, señorita Wade—contestó Meagles;—pero no pretendo saber á punto fijo lo que siente un preso en semejante caso, porque no lo he sido nunca.

—¿Duda la señorita—dijo el francés en su propio idioma,—que sea fácil olvidar?

—Lo dudo mucho.

—¡Oh! Es una lástima.

—La experiencia ha corregido mis opiniones en muchas cosas durante estos últimos años—replicó la inglesa;—me parece que es una consecuencia natural del progreso.

—¡Bien, bien!—exclamó Meagles;—pero no es natural ser rencoroso.

—Si yo hubiese estado encerrada en cualquiera parte, privada de mi libertad, siempre aborrecería el sitio, deseando verle arrasado hasta sus cimientos. Esta es mi opinión.

—Tiene el genio fuerte—dijo Meagles al francés, persuadido de que le debían entender, aunque no le hablara en su idioma. (Lo mismo hacía Meagles con las personas de todos los países, como si debieran estar obligadas á comprender el inglés.)

El francés se limitó á inclinarse ligeramente contestando: *Plait il?* á lo que Meagles replicó: «Tiene usted razón.»

Como el almuerzo comenzaba á languidecer, Meagles dirigió á los concurrentes un discurso, si tal podía llamarse, tan breve como expresivo. Reducíase á decir que, habiéndoles reunido la casualidad y estado juntos algún tiempo en la mejor armonía, y llegado el momento de separarse, sin probabilidades de volverse á ver, nada podían hacer mejor que despedirse, brindando por la salud de cada cual con una copa de champaña helado.

Así se hizo, y poco después diéronse todos la mano, y disolvióse la reunión.

La joven inglesa solitaria, que no había vuelto á despegar los labios, se levantó como los demás, dirigióse al ángulo más apartado de la gran sala y fué á sentarse en un canapé junto á la ventana, donde pareció entregarse á sus reflexiones.

La sombra que la rodeaba, oscureciendo la frente de la joven, hacía resaltar más su singular hermosura, bastante realzada ya por sus oscuras cejas y su abundante cabello negro.

Notábase sin embargo en su fisonomía cierta expresión sarcástica, que al parecer no se hubiera modificado ni aun con la sonrisa; la mirada de sus hermosos ojos revelaba altivez; sus labios, algo comprimidos, debían sonreír cruelmente; y en una palabra, todo indicaba en aquella mujer el desdén y la indiferencia.

Favorita se había acercado á la joven inglesa, pues la fami-

lia Meagles y el señor Clennam permanecían aun en el salón, y sentándose á su lado díjole, después de una pausa, con marcada timidez y como vacilando:

—¿Espera usted... que vengan á buscarla, señorita Wade?

—No espero nada.

—Mi papá enviará ahora un criado al correo para ver si hay cartas á nuestra dirección. ¿Quiere usted que pregunte al mismo tiempo si ha venido alguna á su nombre?

—Muchas gracias; ya sé que no habrá ninguna.

—Tememos—dijo la niña acercándose algo más y con acento cariñoso,—que estará usted muy triste cuando nos hayamos ido todos.

—¡De veras!

—No lo digo porque tengamos la presunción de ser una compañía muy agradable para usted—replicó Favorita algo confusa, al ver que la inglesa la miraba fijamente,—ni porque hayamos creído que usted la desea...

—Me parece que no lo he dado á entender así—interrumpió la inglesa.

—¡Oh! no... pero en fin, ¿no permitirá usted que papá le preste cualquier servicio? Crea usted que tendríamos en ello un verdadero placer.

—Muchísimo—añadió Meagles acercándose con su esposa y el señor Clennam;—excepto hablar otro idioma, tendré el mayor gusto en servirla si puedo serle útil en algo.

—Le agradezco mucho su atención—replicó la inglesa;—pero ya tengo hechos mis preparativos, y prefiero seguir mi camino á mi manera.

—¡Singular carácter!—murmuró Meagles.

—No estoy muy acostumbrada á la sociedad de las señoritas—dijo la inglesa,—y temo que no sabría apreciarlas en lo que valen. Señores, me alegraré que tengan ustedes un feliz viaje. ¡Adiós!

Al decir esto hizo ademán de retirarse, sin ofrecer su mano á nadie, pero Meagles le presentó la suya, y como hubiera sido un desaire no corresponder, la inglesa alargó su mano con marcada indiferencia.

—¡Adiós, señora! Supongo que ésta será nuestra última despedida, y que no nos volveremos á ver.

—En el transcurso de nuestra existencia—repuso la inglesa,—hemos de encontrar las personas que están destinadas á cruzarse en nuestro camino, vengan de donde quieran; y lo

que hayan de hacer con nosotros ó debamos hacer con ellas se hará sin remedio, pese á quien pese.

En la entonación de estas palabras había algo que produjo mal efecto en Favorita, algo que implicaba que esta frase *lo que debemos hacerles*, etc., presagiaba algo malo necesariamente; y por eso se acercó á su padre murmurando:

—¡Ch, padre mío!

—La hija de usted—dijo la hermosa inglesa, para quien no había pasado desapercibido el movimiento de la niña, á la cual miró fijamente,—parece estremecerse sólo al pensar en lo que digo; y sin embargo, no dude usted que ya estarán en camino hombres y mujeres que *la buscan* y que llevarán á cabo su propósito infaliblemente. Tal vez se hallen á centenares ó á miles de leguas, en tierra ó en alta mar; quizás estén cerca en este momento; ó acaso salgan, sin que usted lo sepa y pueda evitarlo, de la hez más inmunda de esta ciudad, donde nadie nos conoce aun.

Y despidiéndose de la manera más glacial, con una expresión de desaliento que parecía marchitar su singular hermosura, salió de la sala.

Para llegar á la habitación que había alquilado en el hotel, la señorita Wade hubo de franquear varias escaleras y algunos corredores; y acababa de penetrar en el pasillo que conducía á su cuarto, cuando oyó de pronto una voz irritada, seguida de murmullos y sollozos. Una puerta había quedado entreabierta, y gracias á esto, la inglesa pudo ver á la joven sirvienta de los esposos Meagles, á la doncella del nombre extraño.

La inglesa se detuvo y permaneció inmóvil para contemplar á la joven, que al parecer tenía un carácter intratable y colérico: su abundante cabello negro caía en desorden alrededor de su cuello, ocultando en parte el rostro, enrojecido y ardiente; sollozaba á intervalos, y poseída al parecer de amargo despecho, arañábase los labios con furia.

—¡Brutos, egoístas!—exclamaba, profiriendo un gemido á cada frase;—ni siquiera piensan en lo que puede sucederme, y me dejan aquí morir de hambre y de sed. ¡Qué les importa á esos brutos, á esos bestias, á esos miserables!

—¿Qué tiene usted, hija mía?—preguntó la inglesa.

La muchacha, que iba á pellizcarse el cuello, lacerado ya en varias partes, dejó caer los brazos, y clavando una mirada en la inglesa, contestó:

—¿Qué le importa á usted? ¿Qué tiene usted que ver conmigo?

—¡Oh! nada; pero siento verla así.

—Usted no lo siente—replicó la muchacha;—más bien creeré que se alegra; ya sabe usted que se alegra. Sólo dos veces me he encolerizado allá abajo, donde pasábamos la cuarentena, y me ha sorprendido usted ambas. Le tengo miedo.

—¡Miedo!

—Sí; me parece que siempre llega usted con mi cólera, mi malignidad, mi... yo no sé lo que es... pero no importa. ¡A mí me maltratan, me maltratan, sí, me maltratan!

Tras estas palabras repitió sus sollozos, lágrimas y arañazos, interrumpidos por un movimiento de sorpresa.

La inglesa permaneció inmóvil, contemplando esta escena con extraña sonrisa: era, en efecto, un espectáculo extraordinario el de aquella muchacha enardecida en la lucha contra sí misma, haciendo uso de su fuerza para maltratarse, cual si estuviera poseída del demonio, como se creía en otra época.

—Tengo dos ó tres años menos que ella—continuó diciendo la muchacha,—y, sin embargo, yo soy siempre quien la debe cuidar, como si yo fuese alguna vieja dueña; y á ella es á quien miman y á quien llaman Favorita. Por eso la odio, nunca será más que una tonta, porque la echan á perder; sólo piensan en ella, y hacen de mí el mismo caso que si fuera un poste.

Y después de una pausa añadió:

—Es preciso tener paciencia... ¡No quiero tenerla! Si se cuidan tanto de su propio bienestar y no hacen caso de mí, no debo inquietarme... ¡Pues quiero inquietarme! ¡Chit! un poco de prudencia; no debo olvidar que mi suerte depende de ellos... Poco me importa; me escaparé... seré causa de una desgracia; no quiero sufrirlos más, ni me es posible tampoco, porque me moriría.

La inglesa continuaba siempre inmóvil, con la mano apoyada en el seno, contemplando á la muchacha, como un enfermo que observa con mirada curiosa la autopsia y explicación que se hace sobre el cadáver de un individuo víctima de la misma enfermedad que él padece.

En cuanto á la muchacha, continuó en sus violencias, luchando con toda la fuerza de su juventud; pero sus exclamaciones de cólera acabaron al fin por degenerar en murmullos entrecortados y plañideros, cual si padeciese alguna dolencia. Pronto se dejó caer sobre una silla, y después arrodillóse jun-

to á la cama, cogiendo una punta de la colcha, no sólo para ocultar su semblante, rojo de vergüenza, y sus cabellos húmedos, sino para oprimir alguna cosa contra su seno palpitante.

—¡Váyase usted, váyase usted!—murmuró;—cuando me dejo llevar de mi infernal carácter me parece estar loca; sé que podría contenerme si hiciera un gran esfuerzo, y algunas veces lo intento; pero otras me desato y no quiero reprimirme. Mire usted, yo no ignoraba que todo cuanto decía antes era mentira; yo sé muy bien que ellos estaban persuadidos de que alguien me había servido ya, y que nada me hacía falta. Son para mí tan buenos como pueden serlo; los amo de todo corazón, y no se me oculta que nadie trataría mejor á un sér tan ingrato como yo. Le ruego á usted que se vaya pronto, porque me infunde miedo. Me temo á mí misma cuando conozco que estoy á punto de que me acometa uno de estos accesos de cólera insana; y, sin embargo, aun entonces me da usted miedo. Váyase usted y déjeme llorar y llorar sola.

El día tocó por último á su fin en Marsella, y llegó la noche, tan ardiente y calurosa como si el sol brillase aun. A favor de su obscuridad, los viajeros de la mañana se dispersaron completamente, dirigiéndose cada cual hacia el punto que tenía ya determinado. Así es como siempre, día y noche, lo mismo á la luz del sol que al fulgor de las pálidas estrellas, tan pronto franqueando escarpadas colinas, como la llanura sin fin, viajando por tierra ó por mar, yendo y viniendo de un punto á otro, se encuentran y separan continuamente los viajeros infatigables en la peregrinación de su vida.

